

Augusto D'Halmar.

SIMON EL MAGO LIBERTADOR

I

EL 17 de Diciembre de 1930, la vida se suspendió a la una de la tarde en todo América. Desde el trópico de Cáncer, hasta el polo sur, guardóse un minuto de silencio, a la hora que, hace cien años, había enmudecido el Libertador Simón Bolívar.

Aquella América que es, según frase suya, «el más infernal pueblo de la tierra»; aquella que «después de recibir una independencia *que no merecía*, despedazó diariamente a quien se la diera, con el ensañamiento de sus viles inquinas», se ha sentido removida en las entrañas de sus volcanes, en el hondo fondo de sus mares, cuando este su Sol traspuso los horizontes conocidos de la vida, y conforme lo profetizó uno de sus contemporáneos: «vió crecer su fama al declinar los tiempos, como la sombra al declinar la luz».

Y los hombres de cualquiera parte y época, admiramos atónitos su genio evidente y vidente, pues no sólo supo hacer viable, por virtud de su acción, un sueño tan arduo, como la liberación de las Américas, sino vaticinar sus destinos, punto por punto, en un futuro siete veces más remoto que este lapso de tiempo ya trascurrido. Cuando se avecine su séptimo centenario, aun no alcanzará la ola de las realizacio-

nes, a la huella que imprimiera su pie en esas arenas movedizas del firmamento llamadas Porvenir. Acaso entonces al título de Libertador se añada el de Confederador. Y la Cruz del Sur continuará esclareciendo su memoria.

Pero este aniversario americano, es también hispánico, puesto que si fué Bolívar el último español de América, fué también, por contrapartida, el primer americano de España. Sólo así se concibe su conciencia continental, en períodos de inconsciencia que aun duran y ojalá no perduren; su identificación con el Hemisferio Colombiano, desde entonces Bolivariano. Y ese heraldo de un Mesías que América tarda en concebir y parir porque también demora en encarnarse el Creador en su Creación y en separarse el espíritu, de las aguas, ese Precursor, era un ejemplar puro de una pura raza, tanto cuanto Santa Teresa o Don Quijote, con quienes tiene y mantiene estrecho parentesco, y así lo comprendió él mismo cuando dijo que «los tres mayores majaderos de la Historia vendrían a ser Jesucristo, Nuestro Señor Don Quijote y El, álias «El Libertador».

Un verdadero hombre tiene que ser siempre la concreción de un verdadero pueblo, y el de América, toda la América, latina o sajona, no acierta a producir el suyo, por lo mismo que se busca a sí mismo y no se ha encontrado. Simón Bolívar, además del Libertador sigue siendo, pues, el Heraldo, el Precursor, es decir, el único americano en que haya cuajado y latido conciencia americana. Un mago, de su edad y de todas.

Ya él sabía también, por lo demás, como sabía infaliblemente cuanto pudiera atañerle, o sea, cuanto concernía a América, todo el alcance de ese mote añadido por modo providencial a su nombre. «¡Qué!— exclama—¿se me cree tan insensato que aspire a descender? ¿No saben que el destino del Libertador es más sublime que ningún trono?» Y añade: «Yo no

soy Napoleón ni quiero serlo. Tampoco quiero imitar a César, menos aun a Itúrbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a cuantos ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo».

¡Qué no hubiesen favorecido los hados a la metrópoli haciendo nacer a Simón Mago en su seno! Porque entonces el panhispanismo hubiese irradiado de aquende allende el mar, trayendo consigo la emancipación de la península, la de todas sus colonias. Y la federación de las Españas, sabia como Grecia, templada como Esparta, dilatada como Roma, hubiera tenido no sólo su guerrillero, su caudillo, su conquistador, sino, sobre todo, su unificador, pues de todo eso era capaz el Hijo Legítimo de la Libertad.

El escenario en que actúa ese predestinado, es digno de su titánico aliento: la Cordillera, la Pampa, y ambos Océanos. Por eso parecen descender sus pensamientos de un Sinaí o un Olimpo, envueltos en relámpagos y rayos:

Llevaré dos mil teas inflamadas para reducir a pavesas una ciudad que quiere ser el sepulcro de sus liberadores—impreca dirigiéndose a la de los Virreyes. «Nosotros afianzaremos—afirma en otra proclama—el pacto americano que, formando un solo cuerpo político de todas nuestras repúblicas, presente el Nuevo Mundo al Antiguo, como un ejemplo sin ejemplo, una nación reina y una república madre».

Y al culminar en el Perú su misión:

«En cuanto a mí, de pie, sobre esta mole de plata que se llama Potosí, cuyas venas riquísimas amamantaron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas tropicales, para plantarlo aquí en esta cumbre cuyos tesoros son asombro y envidia del universo».

¡Qué campo de vuelo para un tal cóndor! Por eso su lirismo es homérico:

Me he comprometido—declara—a defender a Bolivia como a una segunda Colombia; de la primera soy padre, de la segunda soy hijo. Así mi derecha estará en las bocas del Orinoco y mi izquierda llegará hasta las márgenes del río de la Plata. Mil leguas ocuparán mis brazos.

Y al ver que toda esa obra suya, veinticinco años de ideal y otros tantos de sacrificios, parecía derrumbarse como un castillo de naipes al soplo encontrado de todas las pasiones, «¿Estaremos dejados de la mano de Dios?—recapacita—¿Habré arado en el mar?»

¡Pobre vencedor vencido! ¡No de la mano, sino de la Presencia de Dios estaba dejada América inánime, la América *aun* sin alma!

—¡Ay! ¡ay!—solía quejarse en los últimos días de su tuberculosis, en San Pedro Alejandrino donde finó.

El doctor Reverend se quedaba perplejo, porque sabía que aquella dolencia suya no era dolorosa.

—¿Qué le duele, señor?

—¡Nada! ¡nada!—respondía con un vago gesto el héroe moribundo,—es un hábito que he contraído.

¿Nada? ¡Pobre! ¡Le dolía... América!

II

Simón Antonio Bolívar, nació en Caracas de Venezuela, la noche del 24 al 25 Julio 1783, descendiente de un hidalgo vizcaíno afincado en América, quien por su linaje español y su auge americano, mereció de los Reyes que su nieto iba a anular virtualmente, los títulos *que nunca usaron* ni él ni sus sucesores, de Marqués de Bolívar y Vizconde de Cocorote. Fué su abuelo teniente general y su padre coronel de las milicias de Aragua; pero éste murió cuando Antonio Simón no tenía sino dos años y su madre, doña María de la Concepción Palacio Blanco, cuentan, solía enviarlo por revoltoso a su hermano Carlos, el cual quedó, al fallecimiento de ella en 1790, como tutor del huérfano,

y en 1799, de diez y seis años, lo embarcó en La Guaira, a fin de que completara sus estudios en España. Y cuentan también las crónicas, que al recalar el «San Ildefonso», que lo conducía, en Veracruz, Bolívar tuvo ya sus dimes y diretes políticos con el Virrey de México, Azanza, cuya acogida había sido perfecta, como cumple entre fijodalgos. Desembarcado en Santoña, el adolescente vino a Madrid, bajo la tutela de su tío Esteban Palacio, avecindándose en su casa de la calle Jardines, hasta que pasó a hacerlo al número 8 de la de Atocha.

Reinaba por entonces en el continental corazón de la Reina, un guardia de coros, también caraqueño, don Manuel Mallo, sucesor interino de su tocayo Godoy caído momentaneamente en desgracia. Y diz que el joven Bolívar, criado en la devoción de la realeza, desde lejos, pudo asistir, desde cerca, a los devaneos de María Luisa y aun tomar parte en ellos; «Roma veduta, fede perduta»; con S. A. R. el de Asturias, luego Fernando VII, hubo de jugar a la pelota y casi descalabrar de un raquetazo a quien iba a arrancar los florones más preciados de su corona. Sea como quiera, habiendo vuelto el Príncipe de la Paz a la privanza, un día que miraba y admiraba con los soberanos, desde un balcón de palacio, cierto brioso equipaje, como quisiera saber Carlos IV de quién era, contestóle Godoy que de un mozalbete llamado Mallo, por el cual pretendía arruinarse una vieja. La tal, o sea la Reina, torció el gesto aun más que en los retratos de Goya, y esta frase condenó al joven valido al desvalimiento y la muerte, pues desterrado de orden secreta, pereció, se dice, en alta mar, y su paisano Bolívar, por carambola, sufrió el alejamiento de la corte.

Pero éste, entre tanto, había tenido tiempo de enamorarse de una doña Teresa del Toro, de noble alcurnia, nacida en la Corredera Alta de San Pablo en

1781, y con ella contrajo justas nupcias en la parroquia de San José de esta villa, según unos, según otros en la de San Sebastián, en 1802, es decir, cuando él y ella tenían diez y nueve y veintiún años, respectivamente. A los veinte de edad quedaba viudo Simón y amén de este infortunio, habiendo sido objeto de no se qué persecuciones, al siguiente año se fué a París, donde no le faltó el consuelo de una bellísima prima suya llamada Madame Dervieu por alianza y Fanny Aristeguieta de nacimiento.

Allí asistió Bolívar, o más bien dicho no quiso asistir, sublevado como Beethoven, por la claudicación de Bonaparte, a la coronación del Emperador. Entonces fué cuando, habiendo ido a Roma, se retiró con su antiguo preceptor don Simón Rodríguez al Monte Aventino e hizo el juramento de consagrarse a la Independencia de América.

Y aquí comienza su historia, la de América y suya, homérica odisea de batallas ganadas y perdidas, que abarca quince años, cubre miles de leguas y lleva al Continente la libertad y al Libertador al exilio voluntario en Santa Marta y a la muerte, el 17 Diciembre 1830, a los cuarenta y siete con cuatro meses y veinticuatro días de edad.

Con ser tan eficaz su acción militar, más transcendental es aún y será su gestión política, ya que reunía inseparablemente al empuje del guerrero, la reflexión del estadista y en todo era así «airado de la cabeza, pero no del corazón», dice uno de sus más recientes y mejores comentaristas, el colombiano Fernando González. Como creador estaba tan identificado con su creación, que sabía lo que se debía y lo que se podía hacer y el cómo y sus consecuencias. Las tres piezas principales de su literatura, a saber, el Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica y el Discurso de Angostura, son a la vez arenga y código, y después de cien años, y de siete veces otros cien, quedarán aun

en pie como los Andes, ante los albures de América. Será mañana y no hoy, que es casi ayer, cuando podrá medirse el alcance y las proyecciones de ese verdadero espíritu de un continente, tipo ejemplar y representativo de una quinta parte de la especie humana.

Y con todo eso y por todo eso, una singular ponderación, que no podía ser modestia, dado su fundado orgullo, sino equidad: «En medio a ese torbellino de angustias,—proclama—, no he sido más que un instrumento. Yo no he podido hacer mal ni bien. Fuerzas irresistibles me empujaban a mí mismo. Atribuirme la conducción de nada, no sería justo. ¿Queréis conocer las causas? ¡Consultad los anales de Castilla y el archivo de Indias! Sin embargo todos mis actos públicos o privados están sometidos a la censura del Pueblo.»

Y añade, dirigiéndose siempre a sus Representantes:

Juzgadme. Si merezco vuestra aprobación habré alcanzado el inaccesible título de buen ciudadano, preferible al de Libertador que me dispensó Venezuela, al de Pacificador que me dió Cundinamarca y a los que el mundo entero pueda otorgarme.

La continuación, —añade,—de la autoridad en un mismo individuo ha sido el término de las democracias, porque nada es tan peligroso como dejar largo tiempo el poder en un mismo ciudadano. El pueblo se acostumbra a obedecerle y él a mandarlo. *Pero son los pueblos más que los mandatarios los que arrastran tras de la tiranía y a veces son los hombres no los principios los que forman los mandatarios.* El sistema de Gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de seguridad social y de estabilidad política, de bienestar, en suma. Y las leyes deben ser relativas a lo físico del país, a la calidad del terreno, a su extensión, al género de vida de los habitantes. El nuestro, de todo América, al desprenderse de la Europa moderna, se encuentra semejante al imperio romano cuando su desmembración en el mundo antiguo. Nosotros no somos europeos, ni indios, sino de una especie intermedia. Americanos por el nacimiento, europeos por los derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar con los aborígenes los títulos de posesión y con los invasores los de usufructo y nos vemos más in-

capacitados para usar de la libertad sin abusar de ella, por cuanto estamos colocados en un plano inferior al de la sujeción, que es el de la servidumbre. No sólo se nos había negado la libertad, sino hasta la tiranía. Habiendo cumplido ya con la justicia, con la humanidad, cumplamos, ahora con la sociedad, allanando las dificultades que supone un sistema tan sencillo y natural, mas tan débil, que el menor tropiezo lo transtorna y puede arruinarlo. Se requiere un tacto infinitamente delicado para manejar este mecanismo heterogéneo cuya complicación se disloca, se divide, se disuelve, a la más ligera alteración. No seamos codiciosos, legisladores. No es probable conseguir lo que no ha logrado el resto del género humano, las más grandes y sabias naciones. La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos donde han ido a estrellarse las esperanzas republicanas. Vosotros sabéis, sin embargo, que no se puede ser a la vez libre y esclavo. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o vocación de todos mis estatutos, pero *imploro como mi propia vida y la de la república la libertad absoluta de los esclavos.*

Y termina:

No habiendo combatido ni por el poder, por la fortuna, ni aun por la gloria, a partir de este momento el Jefe Supremo vuelve a ser ¡y con qué orgullo! simple ciudadano. Mi misión ha terminado ¡Empezad la vuestra!

Hasta aquí el discurso de Angostura, el cual más bien hace referencia al pasado que al futuro, siendo lo contrario de la Carta de Jamaica, y es, puede decirse, como un Decálogo y un Apocalipsis, Tabla de la Ley y de las Profecías.

III

No habíamos querido apagar a Bolívar de su caballo de libertador, hasta que sus propios libertados lo pusieron o depusieron a pie, y entonces, cuando deja de ser una viviente estatua ecuestre, examinarle de cerca y detenidamente; vaciar en nuestro corazón su figura, antes que la disuelva la muerte; porque, así como así, su porte, sus ojos sobre todo, su voz, nos pa-

recen y aparecen asociados por extraño modo al capítulo de sus hazañas y vaticinios.

De estatura menos que mediana, un metro con sesenta y siete centímetros, era todo él menudo, vivaz y arrogante, con esa su prestancia y maneras de patricio que tuvo César y le fueron negadas al advenedizo Napoleón. El tórax, la caja acústica de este providencial instrumento de la Providencia, resultaba exiguo y acaso por ello dió en la tisis; pero su voz era vibrante como el clarín, como lo son en general las de cuantos no se apoltronan en el sexo. Su rostro esmaciado acusaba paciencia y resignación; pero sus ojos castaños, profundamente encajados en las órbitas, escatimábalos hasta el punto de no mirar al interlocutor sino para descargar sobre él todo su flúido, siendo de los que no creían que haya que mirar al blanco de los ojos para ser franco y de los que saben que no se mira a los ojos sino a quienes queremos y sólo cuando queremos. Tampoco le placía lo consideraran impertinentemente de hito en hito y así se lo expresó al coronel Rojas que tenía en frente en un banquete en Guayaquil y que le escrutaba con insistencia: «¡Ya se ve que es Ud. argentino!» «Un hombre, según la síntesis de O'Leary, pequeño, de levita azul, con gorra de campamento y montado en una mula», pues hay que decir, para decirlo todo, que el escultórico corcel de las entradas triunfales, lo substituía en sus laboriosas campañas, por la mula cansina e incansable.

Y... ¡abramos el Libro de las Profecías, o sea, su Carta, conocida por la «de Jamaica»!

Más difícil es aún de presentir el futuro del mundo nuevo. Toda anticipación relativa me parece aventurada. ¿Se pudo prever, cuando la humanidad se hallaba en su infancia, rodeada de incertidumbre, ignorancia, error y peligro, de qué medios se valdría para su conservación? ¿Quién se hubiera atrevido a decir tal nación será o no será? Ésta es en mi concepto nuestra situación.

Somos un microcosmos aparte, nuevo en artes y ciencias,

aunque viejos en usos civiles. Y así nos hallamos en el caso más extraordinario y complejo. Es más difícil sacar un pueblo de la esclavitud que subyugar uno libre y por eso tantos se esclavizan y tan pocos se libertan. A pesar de esto los de este continente, acaso por el instinto humano de aspirar a una mayor felicidad, la buscan en instituciones liberales fundadas sobre bases de igualdad, libertad y justicia. Pero ¿seremos capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a las esferas de la libertad sin que, como a Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en la postración? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente no hay inducciones ni intuiciones que nos permitan alimentar esta esperanza.

Yo deseo, más que nadie, ver formarse en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas, que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como no es factible, no me atrevo a desearlo y menos deseo para América una monarquía continental, porque este proyecto, sin ser útil, es también irrealizable. Los abusos que actualmente existen no se reformarían y nuestra regeneración sería infructuosa.

El distintivo de las pequeñas repúblicas es la permanencia; el de las grandes inclinarse al imperio.

Chile, en vez de su deproporcionado lema «Por la Razón o la Fuerza» debería inscribir en su escudo el augurio de Bolívar: «*Chile puede ser libre*».

Ese reino, particulariza el Libertador, por su situación, sus costumbres virtuosas y el ejemplo de sus vecinos los indómitos republicanos del Arauco, está llamado a gozar de las leyes dulces y justas de una verdadera República. Si alguna permanece en América, será ésta, porque nunca en ella se ha extinguido el fuego de la libertad; los vicios europeos o asiáticos han de llegar tarde o nunca a corromper aquel extremo del Universo. Su territorio es limitado y quedará siempre fuera del contacto infeccioso de los hombres; no alterará leyes, ni prácticas; preservará su unidad política y religiosa; en una palabra; puede ser libre.

De todo lo expuesto.—deduce,—podemos creer que en América sería difícil consolidar una gran monarquía e imposible una gran República. Esta idea grandiosa, ya que no tiene sino un

origen, una lengua, unas costumbres y una religión, no es hacedera por la multiplicidad de climas, intereses y caracteres. ¡Qué bello sería, no obstante, que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Cuando los sucesos no están asegurados, el Estado es débil y las empresas son remotas, todos vacilan y se dividen. Luego que seamos fuertes, se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y talentos que conducen a la Gloria; entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América Meridional; entonces las ciencias y las artes, que nacieron en el Oriente y han ilustrado Europa, volarán al libre asilo de las tierras colombianas.

Por eso, al realizar la primera parte de su programa, se apresura a despojarse, por panhispanismo, de toda antiespañolería ocasional y a decirle a los suyos: «Ya me parece ver en vuestro rostro la alegría que inspira la libertad y la tristeza que causa *una victoria entre hermanos*».

Bolívar pasó como un extraño entre los sudamericanos, aunque no así en el panorama de Sud-América; un solitario sin igual ni iguales. Su aislamiento cuando vió peligrar su labor, era infinito. «La llama ha consumido en él el aceite», decía juzgándole su amigo el Duque de Manchester. Envejecido antes de tiempo, con la edad de sus actos más que la de sus años, sentía perder la fascinación que había reunido en un haz tantas voluntades dispersas y dispares y acaso no presentía que esa emanación suya le sobrevive y sigue ganándole adictos, después de muerto, como el Cid ganó batallas. Ya no decía «Soy el Sol y los demás brillan por mí». Como Don Quijote, al cual emuló desfaciendo entuertos y bregando en descomunal contienda contra los Malos Encantadores, vivió enajenado y corrió el mortal peligro de lo que llaman morir en su juicio.

Pero, como siempre, la razón de su sinrazón, ha de ser más fructífera que su tardía y desencantada cordura y el ansiado y lejano Germinal de América, dirá la última palabra sobre la siembra y el sembrador.